



María Marchant, inaugurando obras municipales en la Cámara de Senadores, entre otras.

RAQUEL EN EL FONDO DEL MAR

Hemos llegado a una época en nuestras vidas cuando los lúxos se dan atropellados y la partida de amigos queridos tiende a hacerse tan simultánea que los dolores se suceden el uno al otro en la puerta del crematorio, esperando su turno conforme al registro burocrático de las horas.

En este día extraño nos corresponde el deber amargo—nunca antes vivido—de decir adiós a dos mujeres, a dos mujeres descan, muy diversas entre sí, pero coincidentes por un común hecho de justicia y el anhelo de un mundo hecho a la medida del ser humano. Lo cumplimos por-

que es deseo del corazón y porque una de ellas pidió que este amigo dijera una palabra en su sepelio tal vez a nombre de los compañeros que siempre vivió tan sujos.

Ahora, dejemos en la anteluz del viento del fuego Raquel Salmeret, una poeta y una vida y en la muerte.

Por eso ella tuvo un compromiso de vida con la vida y sus volutas más bonitas. Fue—computo sin desmayar, inmensamente modesta, hasta el momento de los momentos. Querida, respondida por todos, trabajó con nosotros en el Congreso Nacional. Además los años serenos de la noche que duró años con la dignidad máxima del espíritu inculcable.

En su clima creó el amor del poeta. Pero demasiado pronto se lo arrebató la muerte.

Vicente Huidobro, antipoea y mago, en uno de sus últimos poemas, "El Paso del Retorno" escribe excepcionalmente una dedicatoria:

"A Raquel que me dijo un día cuando tú te arrojó un solo instante, el tiempo y yo duramos".

Lloró Raquel. El tiempo. Ahora lloramos a Raquel y la florir el tiempo en el conde y la memoria de sus compañeros y de todos aquellos que la quisieron para siempre.

Raquel se ha ido conforme al llamado del verso de Huidobro: "Y yo me voy con el empujando las puertas de la muerte".

Pidió que sus cenizas se embasaran en una lancha y se arrojara al mar frente a Cartagena.

Así descansará cerca de la tumba del poeta que duerme esperándola, bajo el epígrafe: "Al fondo está el mar".

Ella estará allí. En el lugar fijado de la cita, al fondo del mar.

JUSTA MARIA

González-Vera, dispuesto para después de sus días, le dijo a su mujer María Marchant:

"Me gustaría ser un monacito de cenizas. Si quiere, me espere en el jardín de la casa".

Ahora, 20 años después, nos corresponde la tristeza de venir a dejarla a ella a la mansión de las cenizas.

A ella que en la vida misma, la mujer fuerte, la voz alta, la vocación más escondida al servicio de los demás.

González-Vera, de voz suave y frías levemente idónea, él que anabara en sus libros que se volvían a imprimir "edición corregida y disminuida", la llamaba: "Su Jefe Indio". Porque ella era energía de carácter, hiperintelectual, mujer de acción, que como Atlas se echaba el mundo sobre los hombros.

Maestra hasta la entraña, en el liceo, dio vida nueva a toda aula en que enseñara no sólo inglés, sino ciencia y arte de vivir con grandeza y dignidad. Porque para ella las clases no eran bancas ni pupitres. Eran aulas que hablaban con todas las luces del conocimiento y la formación de la personalidad independiente y creadora.

Fue también maestra del pueblo, regidora, orientadora de los pobladores de Nuflo, regidora incansable. Un "Don Quijote" con falda, pero concertismo y muy organizado que salía temprano a diario a las calles y los caminos a "desfacer encañones", a luchar por los derechos de viudas, huérfanos, desvalidos, necesitados de pan, trabajo y casa, para los que sobrevivían bajo la línea de la pobreza.

Voz resonante ante el mundo del Magisterio, dirigente de la Federación Internacional de la Enseñanza, embajadora del alfabeto y la democracia como bien para todos, fue una chilena positiva del siglo XX.

El cáncer le embió en varias arremetidas. Ella lo resistió con todas las defensas de su espíritu y lo obligó en varias ocasiones a hacerse en retirada.

La dictadura golpeó a su gente sin misericordia. Hubo derramamiento de sangre en su familia. El asesinato de su nobilísimo yerno, del hombre fino, magistral y perdurable que fue y siempre será, Carmelo Sería, dejó una cicatriz tenaz grabada a fuego en el alma de los suyos.

Pero ella prosiguió su tarea vital con la firmeza orgánica, en apariencia impenetrable, inconmovible, aunque la proyección la camuflaba por el interior sensible, cobrando su suario precio.

Se corrió la voz: "Jefe María". La seámos ver en el barrio de Alameda de Oros, en Madrid. Era la portadora del testimonio y transmisora de la patria ensangrentada.

Hace meses de un mes, el día de Todos los Santos, fuimos a visitarla en el Hospital de la Universidad Católica. Fue un apocalipsis por la tarde. Desde su lecho de enferma, con sonda, sin signos de almorzar, sin embargo, nos dio, como de costumbre, una lección de vida. Hablaba con tal elocuencia sobre el país, la sociedad, la gente, que nos parecía destinada a la eternidad.

Estaba siempre llegando por las causas del decoro. La mitad de su animada conversación versó sobre un lejano episodio concerniente a su gran amiga, Otilia Poblete; de su empeño para que ella asumiera la cátedra de Historia en el Liceo Manuel de Salas. Porque quería que dos viejos profesores de selección, o sea, seres humanos plenos.

El último soliloquio en la clínica dejó en claro que María murió de pie, con las botas puestas, señalando hacia adelante el duro camino. No se dio nunca por vencida en la batalla por la calidad espiritual, por la democracia auténtica y la libertad sin amarras, conforme a criterios de moral primordial, subiendo que más afiló de sí misma la vida continúa, que su bandera no está caída sino que flamará en las manos de quienes son camaradas de siempre.

Sobreviven ahora el silencio y las cenizas. Son cenizas que se incorporan al jardín de la casa, a la tierra fértil y al eterno proceso del mundo, de la naturaleza en movimiento porpoco. Es la hora de su reencuentro con González Vera y consigo misma.

¡Adiós, querida, singular, impenible, María, para la justicia y la verdad concebida!

El Secretario General del Partido Comunista, Velódia Teitelboim, despidió en el Conterio los restos de la distinguida educadora. Directora del Liceo Manuel de Salas, y dirigente, María Marchant. La exorta, que fue esposa del escritor José Santos González Vera, fue regidora comunista de la Cámara de Nuflo, y hasta sus últimos días vivió rodeada del respeto y el afeto de quienes la conocieron. Velódia Teitelboim usó también de la palabra para despidir a la escritora Raquel Salmeret, distinguida militante del Partido Comunista y ampliamente conocida en los medios literarios chilenos.



Raquel Salmeret en una foto de juventud.

Raquel en el fondo del mar [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Raquel en el fondo del mar [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile